

SOBRE EL ORIGEN DE LOS EVANGELIOS REVELACIONES DE UN TESTIGO OCULAR

I. INTRODUCCIÓN

En febrero de 1994 el profesor Thiede debió viajar a Oxford debido a una fiesta familiar (su mujer es de origen inglés). Como papirologo curioso, sabía que en la biblioteca del Magdalen College de dicha ciudad se encontraba un papiro (el P64), el cual había sido datado como de mediados del siglo II d.C. La datación había sido realizada alrededor del año 1953, y después de esto el estudio sobre dicho papiro había sido completamente abandonado. Sólo se sabía que había sido donado a la biblioteca del Magdalen College por un viejo ex-alumno del mismo, el reverendo Charles Bousfield Huleatt, quien siendo misionero anglicano en Luxor (Egipto) encontró en las proximidades de dicho lugar el papiro y lo entregó como donación a su *College* en el 1901.⁴

El papiro en cuestión consiste en tres pequeños fragmentos escritos, el mayor de los cuales mide solamente 4,1 x 1,3 cm. Sobre ambas caras del fragmento existen frases en escritura y lengua griegas, que han sido identificadas como del cap. 26 del Evangelio de San Mateo, en concreto parte del relato de la Unción de Jesús en casa de Simón el leproso en Betania, y la traición de Judas.

Atraído por algunas características de la escritura de dicho papiro, Thiede lo estudió detalladamente, volviendo cuatro veces más al Magdalen College entre febrero y Navidad de 1994. Finalmente, la vigilia de Navidad de dicho año, el “The Times” de Londres publicaba una extraordinaria declaración del profesor Thiede, quien confesaba haber encontrado el fragmento de papiro más antiguo de todo el Nuevo Testamento, proponiendo una re-datación del P64. “Esto proporciona -continuaba el artículo del ‘The Times’, la prueba material que el evangelio de San Mateo es un relato de un testigo ocular, y que fue escrito por un contemporáneo de Cristo” (cf. p.15).

El estudio de Thiede se basaba sobre una compleja investigación que examinaba la escritura griega del manuscrito y la comparaba con la de otros fragmentos ya datados. Una gran polémica estaba a punto de comenzar en el mundo de los papirologos y de los exégetas (y de hecho comenzó), ya que hasta ahora la opinión generalizada era que el manuscrito más antiguo (reconocido universalmente) del Nuevo Testamento es el fragmento del evangelio según San Juan, de la primera mitad del siglo II, conservado en Manchester, en la biblioteca John Rylands.

Desde el descubrimiento de los manuscritos del Mar Muerto hasta ahora no había existido otra oportunidad de realizar tan importantes avances en los estudios bíblicos. El descubrimiento de Thiede aprecia comprobar que el evangelio de San Mateo había sido escrito apenas una generación más tarde de aquella que presenció el paso de Nuestro Señor Jesucristo por este mundo, o quizás antes aun. (cf. p.17).

Los días siguientes a la publicación de la noticia, se pudo observar cómo la misma fue comentada en diversos periódicos de todo el mundo, mientras que en Gran Bretaña el canal televisivo ITN le dedicaba un gran espacio en el noticiero diario a la hora de mayor audiencia. El 23 de enero de 1995, Richard Ostling, responsable de la página religiosa de la mundialmente conocida revista “Time”, le dedicaba un artículo con el nombre de “Estamos más cerca de Jesús?”. Por supuesto que el artículo suscitó ásperas reacciones y una discusión permanente se abrió sobre el correo de lectores del “The Times”, especialmente de parte de los estudiosos de Biblia y papirologos. Hubo quienes clasificaron la propuesta de Thiede como infundada y “arrogante” (cf. p.18), aunque muchos otros apreciaron la propuesta y quisieron informarse más sobre el tema. Esto último sucedió incluso de parte de la gente común, no estudiosa ni entendida en el tema, pero que intuía que esto significaba una revolución para la interpretación teológica de los Evangelios. Esto fue lo que movió al profesor Thiede y al autor del artículo del “The Times”, Matthew D’Ancona, a la redacción del presente libro, de difusión popular.

Una de las intenciones del libro es demostrar el efecto fundamental que las pruebas papirologicas pueden tener sobre la comprensión de los orígenes del Cristianismo. También es mostrar como la redatación del papiro del Magdalen College puede ser interesante en la comprensión de la cultura cristiana en Palestina antes del año 70 d.C., sociedad policultural de lengua griega. Investiga también el libro sobre la vida de los hombres que han influido en el texto que se contiene en dicho papiro, preguntándose si realmente es San Mateo el autor del evangelio que lleva su nombre. Estudia el tipo de hombres y mujeres que habrían usado este antiguo códice y cómo lo habrán usado. Finalmente estudia el papiro en este siglo, la datación de 1953 y la realizada ahora por Thiede. Responderá a las críticas que se han suscitado en su contra, y explicará con detalle y profundidad, pero con lenguaje accesible las pruebas que fundamentan la nueva datación realizada por Thiede. Nosotros intentaremos tocar sucintamente algunos de los temas propuestos en el libro.

II. PASO PREVIO: HISTORICIDAD Y AUTENTICIDAD DE LOS EVANGELIOS.

La controversia más reciente sobre el origen e historicidad de los Evangelios ha demostrado que existen dos tendencias bien claras. Una primera que podemos llamar “liberal”, partidaria de la datación tardía para los Evangelios (cuanto más tardía mejor). Esta escuela, originada sobre las teorías de los antiguos racionalistas Renan, Strauss, Bullman y seguidores, continúa en cuestionar siempre la autenticidad de los Evangelios. Algunos de sus

mas actuales representantes, como Crossan y Ludemann, llegan a incluso afirmar que los escritos gnósticos de entre los siglos II y IV, son más atendibles en cuanto a la autenticidad que los mismos evangelios canónicos. La segunda escuela se muestra partidaria de una datación más antigua en el tiempo para los Evangelios (es decir, más cercana a la época en que Jesús vivió en este mundo). Aunque más débil en cuanto al número de representantes y su capacidad para “hacerse oír”, últimamente los partidarios de esta última han podido avanzar algunos pasos, gracias a brillantes estudios metodológicos sobre crítica textual y literaria. (En este sentido, causó verdadera sorpresa la publicación del libro *Redating the New Testament*, publicado en 1976. Su autor, J.A.T. Robinson, era conocido como “ultraliberal” respecto de los estudios bíblicos. Sin embargo, propone en dicho libro una datación anterior al año 70 para “todos” los escritos del Nuevo Testamento y presenta su estudio con mucha seriedad y competencia científica).

La así llamada datación tardía se basa sobre algunos “mitos” ya *a priori* aceptados sin discusión en el mundo bíblico, en opinión de Thiede (cf. pp. 25-30). El primero de ellos se relaciona con el tiempo que supuestamente ha sido necesario para que los Evangelios, transmitidos en un principio oralmente, fueran aceptados, asimilados y utilizados. Se ha llegado a sostener, por más de un siglo, que los destinatarios del primer evangelio, una vez escrito éste, tardarían al menos diez años en “digerirlo” y de ese modo lanzarse a redactar un segundo (cf. p.25). Los evangelios no serían por lo tanto obra de ningún testigo ocular de Jesús, y por lo tanto, cae por tierra la autenticidad de sus títulos (Mateo, Marcos, Lucas y Juan). Como veremos, se trata de un absoluto apriorismo.

En un ensayo de un famoso filólogo sobre estudios clásicos, Wolfgang Schadewaldt⁵, este último refiere que acerca de la cuestión homérica se había verificado un error análogo: “Los estudiosos se habían comportado creyendo que a la épica jónica le habían hecho falta muchísimos años para retornar a la madre patria. En Homero, Aquiles afirma que ‘pasado mañana, el tercer día, estaré en casa a Phthia’. He verificado esta afirmación con la velocidad de las antiguas naves y resultaba ser verdadera. Las naves eran realmente veloces. Sin embargo, para la crítica homérica mas antigua, la épica habría necesitado muchísimos años para llegar a destino. Es muy oportuno que los estudiosos -siempre lo repito- sepan utilizar, simultáneamente con sus métodos, un poco de buen sentido”⁶. También respecto de la composición de los evangelios, no hay pruebas que afirmen que realmente hacían falta muchos años, más bien parece más lógico suponer que cuanto antes se intentó poner por escrito los hechos y palabras de Cristo.

El segundo de los mitos concernientes a la datación tardía es aquel que postula una inminente “Segunda Venida” de Cristo. Según este mito creado por los estudiosos, los primeros cristianos esperaban una inminente venida de Cristo para juzgar a la humanidad y poner fin al tiempo. Como esta venida debía ser inminente, no tenía sentido poner por escrito el mensaje evangélico y los dichos y obras de Jesús. Solamente después, cuando la generación de los testigos oculares de Cristo desapareció y la inminente venida no se produjo, se vio como necesario poner por escrito dichos acontecimientos, para que no quedaran en el olvido y fueran transmisibles a las generaciones futuras. Algunas veces se cita al mismo Jesús para argumentar a favor de esta supuesta espera de la venida inminente del Mesías. En efecto, en Mc. 9,1, Jesús dice: “En verdad os digo que hay algunos de los aquí presentes que no gustarán la muerte hasta que vean venir en poder el reino de Dios”. En realidad, si Jesús se hubiese referido a una inminente segunda venida suya en este versículo habría sido ésta una razón para eliminar el mismo versículo una vez que la profecía no se cumplió, en el tiempo tardío en que supuestamente el evangelio fue redactado. Si se lo dejó en su lugar, es porque se refiere a otra cosa, como lo muestra claramente la estructura del evangelio, se refiere a la Transfiguración del Señor, que tuvo lugar sólo “pasados seis días”, y ocupa el lugar del versículo inmediatamente posterior (Mc. 9,2).

Otros han pretendido usar como argumento Mateo 10,23: “Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra; y si en ésta os persiguen, huid a una tercera. En verdad os digo que no acabaréis las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del Hombre”. También aquí vale el argumento de que no habría sido este texto puesto por escrito, si se refiriese a una profecía equivocada de Jesús. Pero para este caso vale otra aclaración, y es la siguiente, que el sentido de este texto es en realidad menos evidente de lo que la gente piensa. En efecto, la traducción no es siempre la más adecuada; ese “acabar” con las ciudades de Israel no parece significar “acabar de recorrer las mismas”, sino que hace referencia a un evento que también San Pablo esperaba con fuerza se realizase, independientemente que fuese cercano o lejano, la “conversión de todo Israel”⁷.

Por otra parte, los primeros cristianos sí acabaron muy pronto de recorrer materialmente las ciudades de Israel, ya que en el año 66 d.C., ante la inminente invasión romana y guerra, huyeron a la ciudad de Pella en la Transjordania. De modo que la interpretación más fácil y común de Mateo 10,23 (la misma que proponen los partidarios de la composición tardía del evangelio) nos llevaría a suponer que Cristo se equivocó en su profecía, lo cual hubiera sido una razón para sacar dicho versículo del evangelio si éste hubiese sido elaborado tardíamente y no para insertarlo. “Mateo difícilmente hubiera insertado 10,23 en su evangelio si la huída a Pella hubiera ya tenido lugar. Quiere decir que su evangelio fue compuesto antes del 66 d.C.”⁸.

El tercer mito acerca de los orígenes de los evangelios hace relación a la divinidad de Jesús: “Yo y el Padre somos una sola cosa” (Juan 10,30). La declaración es tan impresionante (y tan clara) que sus interlocutores judíos no dudaron en tomar piedras para apedrearlo por lo que había dicho (“porque siendo hombre, te haces Dios”; cf. 10,33). Además del ejemplo citado, hay reivindicaciones de la divinidad de Jesús por doquier en los evangelios (como Mateo 16,19-20 y el prólogo del evangelio de San Juan 1,1-14). El mito al respecto sostiene que se trata de una

elaboración teológica posterior, posterior a la reorganización de la vida cristiana después de la destrucción de Jerusalén (año 70 d.C.). Por supuesto que no hay pruebas que corroboren este mito (una vez más no las hay). Más bien, las hay en contrario, aquellas que demuestran que la Fe en la divinidad de Cristo fue espontánea e inequívoca. Por ejemplo, en la primera carta a los Corintios, datada (y aceptada universalmente) como del año 55 d.C., Pablo dice las mismas cosas atestando el haberlas recibido de una enseñanza anterior: “Para nosotros no hay más que un solo Dios Padre, de quien todo procede y para quien somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros también” (8,6). Los editores de una de las ediciones críticas más famosas del Nuevo Testamento están tan convencidos de la antigüedad de esta afirmación, que no dudan de referirse a ella como una citación⁹. Existen más mitos acerca de lo que venimos tratando, como aquellos que sostienen la llamada profecía “post eventum”, lo cual quiere decir que los evangelios sinópticos, que contienen profecías de Cristo sobre la destrucción de Jerusalén (ocurrida efectivamente en el año 70 d.C.), tienen que haber sido redactados después de dicha destrucción, con el fin de hacer aparecer a Cristo como un profeta. Pero todo esto tampoco se prueba. En general, las tentativas de muchos estudiosos para demostrar la imposibilidad de una datación antigua de los evangelios no han tenido límites. Pero ha quedado demostrado por estudiosos de historia, filólogos y un número creciente de estudiosos del Nuevo Testamento que las pruebas sostenidas por aquellas no son irrefutables (cf. p.31). Aquellas tentativas han obedecido a un sinnúmero de apriorismos filosóficos y el influjo de la cultura moderna les ha dado gran popularidad y las ha hecho creíbles. Por el contrario, la papirología nos ayuda a interpretar el tema de la autenticidad de un modo bastante diverso. En efecto, Martín Hengel, profesor de la Universidad de Tubinga, pudo notar que la técnica de la escritura de “rótulos” (rollos de pergamino o de papiro), que solía ser bien documentada, aseguraba la conservación de los nombres de los autores¹⁰. Ésta se realizaba por medio de unos pequeños cartelitos (también de pergamino, papiro o cuero) llamados *sillybos* o *sittybos*, pegados o atados sobre el exterior del rótulo. No hacía falta abrir el rollo para conocer su autor o título. Este tipo de cartel también podría haber sido colocado en el exterior del rollo de un evangelio, con el simple título de “evangelio” para el caso de un primer y único evangelio. Pero cuando apareció un segundo, hubo necesidad de diferenciarlos para lo cual surgió la necesidad de escribir un título diverso para los evangelios. Este título no podía ser otro que el nombre de sus autores y es también impensable que alguno haya osado inventar nombres de autores como Mateo, Marcos y Lucas, si estos no hubiesen sido sus verdaderos nombres y no estuvieran ligados de manera muy estrecha a la autoría de dichos libros. Si esto es verdad en el caso de una datación tardía, mucho más aún si la datación es temprana (cf. p. 32). Como podemos ver (y no hemos podido explicar más detalles, los cuales existen), los argumentos acerca de la autenticidad de los evangelios y de una datación antigua de los mismos parecen ser más contundentes y numerosos de lo que la opinión tradicional cree al respecto. Aún no hemos entrado en el tema del papiro que nos atañe. Antes de ello, era necesario hacer ver que fuera de la papirología, el texto que dicho papiro (y tantos otros) presenta, es un texto auténtico de un evangelio compuesto por un testigo (probablemente ocular o de primera mano) de Jesús.

III. LA INVESTIGACIÓN DEL PAPIRO MAGDALEN

1. Rótulo y códice.

Para las personas de lengua castellana, el término “papirología” hace inmediata referencia -gracias a Dios- al papiro y no al “papel” (como sucede en otras lenguas como en inglés, por ejemplo), el cual fue descubierto recién en la Edad Media. De todos modos, “papirología” representa mucho más que el arte de estudiar los antiguos papiros, fabricados a partir del tallo de una planta acuática que crece sobre todo en el Alto Egipto. El nombre indica el estudio de todos los textos antiguos sobre cada especie de material, esto es papiro, pergamino, piel, cuero, lino, corteza de árbol, tabletas de cera, terracota (*ostraka*). Como los manuscritos más antiguos del Nuevo Testamento se encuentran escritos sobre papiro, se justifica por ello ampliamente el uso de la papirología para el estudio de aquel.

El papiro fue utilizado para la escritura de documentos desde muy antiguo. La Sagrada Escritura, en su versión de lengua griega conocida con el nombre de Septuaginta (Setenta), del siglo III a.C., menciona tres veces la planta del papiro (Job 8,11; Job 40,16; Isaías 19,6). El papiro más antiguo que se conoce ha sido datado como del 2700 a.C., y en el siglo I de nuestra era, Plinio el Viejo declara: “De su uso (del papiro) en forma de rótulo depende la civilización humana, sobre todo en cuanto a su vida y su recuerdo”¹¹. De modo que durante siglos ha sido el papiro el medio más eficaz para la transmisión y conservación de la cultura humana.

Con respecto al papiro que nos interesa, el del Magdalen College (descubierto también en el Alto Egipto) presenta varias características peculiares. En primer lugar, no se trata de un “rótulo de papiro” pues se halla escrito de ambos lados, y los rótulos se escribían (por lo general) solamente sobre uno solo de sus dos lados de modo que al enrollarlo quedase escrito sólo en su cara interna. Aquí estamos en presencia de un códice, el antecesor de nuestros modernos libros, pues se escribía sobre ambas caras y se ligaba como un libro. El códice representa un estadio superior y posterior al rótulo y un cambio en el contexto socio cultural de los primeros cristianos. Estos usaron tanto el rótulo como el códice. En las catacumbas de Santa Domitila, en Roma, se encuentra un fresco de San Pablo que custodia dos “capsae” (el nombre que llevaban los recipientes que contenían rótulos, usados por ejemplo por los judíos para conservar los rollos de la ley), y otro de Santa Petronila, con un libro abierto (un códice) a sus espaldas. De modo que los cristianos sabían distinguir (y utilizar) tanto uno como otro (cf. pp. 44-45).

El paso del rótulo al códice, en el ambiente cristiano, es totalmente comprensible. Los primeros cristianos eran sobre todo de origen hebreo. Hasta que la actividad misionera de la primitiva Iglesia no dejó de desarrollarse dentro de las fronteras de Israel, la predicación a los paganos era sólo excepción, no aun regla (hay algunos escritos del Nuevo Testamento, como el Evangelio de

San Mateo, la carta a los Hebreos y la carta de Santiago, que denotan una influencia tan grande del pensamiento y de la cultura hebrea que un lector extranjero ciertamente hubiese encontrado dificultad en entenderlos sin explicación). En ese contexto, la utilización del rólulo para la escritura del Nuevo Testamento era el medio más natural de expresión, pues como hemos visto, era el medio que los hebreos usaban para la escritura, especialmente la escritura sagrada (la Ley o "Torah"). Cualquier otro "formato nuevo" hubiese representado una fractura con la tradición hebrea, hasta ese entonces seguida por los cristianos. El mismo "Talmud babilónico", un escrito hebreo de neto corte anticristiano, reconoce la existencia de rólulos cristianos elaborados por manos hebreas y los anatemiza. El Talmud es posterior al Nuevo Testamento. Esto demuestra que existían rólulos cristianos realmente antiguos y es una prueba más de lo perfectamente posible que resulta la identificación realizada por el biblista O'Callaghan de los papiros 7Q4 y 7Q5 encontrados en las grutas de Qumrán y que son anteriores al año 70 d.C., como papiros del Nuevo Testamento y en particular de los evangelios, como el caso de 7Q5 (cf. pp.48-49). El mismo Thiede ha tenido una parte activísima en la identificación del fragmento 7Q5, en especial en lo que respecta a la confirmación científica de la identificación ya realizada por O' Callaghan¹². No podemos abundar en lujo de detalles sobre el tema, por demás interesantísimo, pues sería muy largo; el mismo ha sido objeto de una recension anterior¹³.

El paso del rólulo al códice ha tenido para la primera comunidad cristiana un significado totalmente particular. Ha sido un claro signo de un verdadero cambio cultural, y de la ruptura definitiva (incluso cultural) con el hebraísmo. En efecto, al principio los cristianos eran confundidos con los hebreos por los profanos. En cambio, ya para el año 64 d.C. se conocían bien las diferencias. De hecho, Nerón prende fuego a Roma y hecha la culpa a los cristianos¹⁴, no a los judíos, que eran también muy conocidos en Roma (ya había sido revocado para esta época el edicto del emperador Claudio que los había expulsado de la ciudad). Un muro separó las dos comunidades en la más grande capital del imperio antiguo y el diálogo entre ellas no fue más reiniciado (cf. p. 72).

No fue este el único acontecimiento. Ya antes en el año 62 de nuestra era el apóstol Santiago el Menor, obispo de Jerusalén y jefe espiritual de los cristianos provenientes del judaísmo, fue ajusticiado por un grupo de hebreos que actuaban por orden del Sumo Sacerdote Anás. El hecho ha sido referido por Flavio Josefo, en sus *Antigüedades Judaicas* 29, 197-203. Finalmente, en el año 70 d.C., los romanos tomaron Jerusalén destruyendo el Templo de los judíos, el cual hasta hoy no ha sido jamás reedificado. Con la destrucción de dicho templo, el último contacto entre judíos y cristianos se pierde (cf. p.72). Los cristianos, quizás ya desde el año 62 pero seguramente no más tarde del 70 d.C., dejaron de utilizar el rólulo para los escritos del Nuevo Testamento, puesto que no había ya razón para seguir las tradiciones judías en dicho campo y comenzaron a utilizar el códice que se había convertido ya en un medio normal de escritura de documentos.

2. El examen del papiro Magdalen.

El mérito de la primera publicación científica sobre el papiro Magdalen, pertenece a Colin H. Roberts, quien con su estudio sentó las bases para la investigación científica del mismo¹⁵. Roberts inicia describiendo las características externas del papiro: "Tres fragmentos provenientes de una misma hoja (página) de códice; el fragmento (a) mide 4,1 por 1,2 cm.; el fragmento (b) mide en cambio 1,6 por 1,6 cm. y el fragmento (c) 4,1 por 1,3 cm. Según la investigación realizada, la impresión es que cada página constaba de dos columnas, y que además el lado opuesto (dorso) precede al lado recto en el orden de la narración¹⁶. En base a estos datos puede establecerse que sobre el lado recto el fragmento (c) precede los fragmentos (a) y (b). Además, casi se puede conjeturar con seguridad que se trata de un fragmento de códice y no de rólulo.

El mismo Roberts procede a describir cuál es el contenido de lo que se encuentra escrito en el fragmento: "Cada línea contenía 15 ó 16 letras y cada columna constaba de 35 ó 36 líneas; la superficie de la escritura sobre la página debe haber medido 10,5 por 16,8 cm. y esas debían haber sido las dimensiones de la página completa¹⁷. El formato a doble columna es digno de ser tomado en consideración, puesto que contrariamente a lo que se sostiene comúnmente, el formato a columna única es mucho más común en los códices más antiguos. Puede ser altamente revelador el hecho que en los códices cristianos antiguos, por ejemplo en aquellos ya universalmente datados como del siglo II d.C. (o bien entre el siglo II y el III d.C.), los únicos ejemplos conocidos de formato a doble columna eran los del Antiguo Testamento"(cf. p. 77).

De más está decir que Roberts utiliza un lenguaje demasiado técnico, que abunda en descripciones minuciosas y detalladas del papiro, las cuales son más extensas que lo que aquí hemos referido. Pero eso es necesario en papirología, para poder argumentar con autoridad acerca de la datación de un fragmento, de su contenido, etc. También dedica algunas páginas de su escrito al tema de la datación (y a proponer una) y a brindar una lectura propia del papiro. La lectura que emerge del mismo es la siguiente:

Fragmento 1, *dorso* (Mateo 26, 7-8):

".. se lo derramó sobre la cabeza mientras estaba sentado a la mesa. Los discípulos, viendo esto se indignaron y dijeron..."

Fragmento 2, *dorso* (Mateo 26, 10):

"Pero Jesús, advirtiéndolo, les dijo: ¿Por qué la molestáis? Ella ha hecho..."

Fragmento 3, *dorso* (Mateo 26, 14-15):

"Entonces uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, se dirigió a los Sumos Sacerdotes diciéndoles: ¿Cuánto me queréis dar...?"

Fragmento 3, *recto* (Mateo 26, 22-23):

"..uno de ustedes me va a traicionar. Y ellos, muy doloridos, comenzaron a preguntarle uno a uno: ¿Acaso soy yo, Señor? El respondió: Aquel que mete conmigo la mano en el plato..."

Fragmento 1, *recto* (Mateo 26, 31):

"Jesús les dijo: Todos vosotros os escandalizaréis por causa mía esta noche. En efecto, está escrito..."

Fragmento 2, *recto* (Mateo 26, 32-33):

"..Os precederé en Galilea. Y Pedro le dijo..."

Para reconstruir dichos textos y párrafos como "lectura plausible" de los fragmentos, Roberts recurrió a todas las técnicas conocidas de la esticometría (medida aproximada de la cantidad de letras por cada línea del texto de un fragmento con la cual es posible conjeturar letras faltantes, o bien que variantes textuales, etc.) y otras técnicas. Thiede, en su examen moderno del papiro, ha utilizado modernas técnicas de estudio, como la utilización del microscopio que usa la técnica de la escansión láser

confocal epifluorescente, desarrollado y patentado por él mismo, en colaboración con su colega, el biólogo George Masuch. Con dicho microscopio, es capaz de diferenciar entre veinte estratos micrométricos separados de un manuscrito de papiro. Puede también medir el tamaño y la profundidad de la tinta sobre la superficie y en el interior del papiro.

La consideración de todos estos elementos en detalle, y de muchos más cuya presentación hemos obviado, es importantísima para establecer el texto del papiro, o sea su identificación, y también su datación, problema capital de este libro que intentaremos abordar de inmediato.

IV. LA NUEVA DATACIÓN

Cuando el papiro Magdalen conoció la luz, a fines del siglo pasado, y por un período que se extendió durante buena parte de nuestro siglo, los estudiosos estaban convencidos de que el códice había sido inventado e introducido en el uso común de los cristianos y difundido una vez que el cristianismo gozó de paz en el imperio romano. Quizás un poco antes de Constantino, durante el período de paz que siguió a la persecución de Decio (segunda mitad del siglo III d.C.). Por lo tanto, el códice no habría sido inventado y usado por los cristianos antes de fines del siglo III. Las consecuencias para la datación de cualquier códice cristiano que se encontrara eran entonces bastante claras; ninguno de ellos podía ser anterior a fines del siglo III d.C.

El problema de esta metodología era que no llegaba a distinguir los hechos de las preconcepciones. Hemos visto ya cómo era perfectamente razonable pensar que los cristianos ya habían adoptado el códice antes de finales del siglo I d.C., y no hay ninguna razón histórica que obligue a datarlos con posterioridad, sólo por el hecho de que sean códices cristianos.

Para librarse de los preconceptos, la primera cosa a hacer es basarse sobre las informaciones históricas confiables. Por ejemplo, en el caso del códice en general, contamos con una fecha general de referencia, y son los epigramas del poeta romano Marcial, fallecido en el 102 d.C. Uno de sus epigramas, el I.2, compuesto entre el 84 y el 86 d.C., hace directa referencia a los "libretos" (códices), sobre los que dicha obra poética fue escrita. Sin embargo, han existido casos como los de Bernard Grenfell y Arthur Hunt, quienes habiendo examinado un resto de papiro encontrado en Oxirincos (Egipto), que contenía secciones de una perdida *Historia de las guerras macedonias*¹⁸ y habiendo realizado el análisis paleográfico correspondiente, el cual los indujo a datar el texto al siglo I d.C. (quizás incluso al año 79, antes de la explosión del Vesubio, tiempo en el cual Marcial compuso sus Epigramas), no obstante procedieron a datarlo como de fines del siglo III d.C. solamente porque se trataba de un "códice" de pergamino (cf. pp. 135-136).

El prejuicio científico (o pseudo científico) puede conducir a un callejón intelectual sin salida. De hecho, cuando Thiede supuso que el papiro Magdalen debía ser redatado como del siglo I d.C., del año 70 o quizás antes, tres objeciones principales se adujeron contra su hipótesis:

- a) que no podía ser de aquella fecha siendo un fragmento del evangelio según San Mateo, pues éste aún no existía en aquel período tan antiguo;
- b) que Thiede no había consultado la monografía del estudioso italiano Guillermo Cavallo acerca de los manuscritos bíblicos en escritura uncial (mayúscula bíblica). En dicho escrito Cavallo sostiene que la escritura uncial es reciente y no antigua;
- c) que el material comparativo que Thiede usaba para hacer valer su criterio de redatación, provenía de otras regiones del imperio romano, que nada tenían que ver con Egipto, donde fue encontrado el papiro Magdalen (cf. p.137).

Las objeciones son insostenibles. Ya hemos hablado bastante acerca del prejuicio apriorístico que lleva a formular una objeción como la primera. En cuanto a la tercera, ella desconoce el tipo de comercio y tránsito (incluso de papiros) que existía en dicha época del imperio romano, en la cual tranquilamente podía ser vendido en Luxor un papiro escrito en cualquier otro lugar del imperio. Además, no hay ninguna prueba de que no existiesen centros de escribas de papiros cristianos en Egipto, donde la comunidad cristiana proveniente del judaísmo era también importante y numerosa. (Respecto de la fluidez de comunicaciones y contactos entre las distintas partes del imperio, recordemos que en las grutas de Qumrán fue encontrada un ánfora con la inscripción en el cuello que denotaba su procedencia: "Roma"; cfr. p. 141).

Con respecto a la segunda, Thiede sí tenía conocimiento de dicho estudio¹⁹, ni tampoco había ignorado la escritura uncial bíblica (mayúscula con ciertas curvaturas propias) con la cual el fragmento ha sido indudablemente escrito, pero se basaba sobre un análisis objetivo.

Un primer indicio, indicado ya por Roberts en su obra (cf. nota 14), consiste en la observación que en los fragmentos del papiro Magdalen, la pequeña *omicrón* o la *omega achatada*, comunes en las escrituras del siglo III, se hallan totalmente ausentes.

Pero el argumento fundamental viene por el lado de los llamados *nomina sacra* (nombres sagrados) que representan abreviaturas de las palabras griegas "Señor" (*Kyrios*) y "Jesús" (*iesous*). Dichas abreviaciones fueron muy populares en los escritos cristianos y se extendieron pronto a otras palabras, como a "Dios" (*theos*), "Espíritu Santo" (*pneuma*), y muchos otros términos referidos a la Trinidad. Habitualmente se abreviaban usando la primera y la última letra del nombre, como *KS* (*kyrios*), *IS* (*iesous*), y así sucesivamente. La aceptación casi universal de este tipo de abreviaciones constituía un tentativo de imitar la usanza hebrea de abreviar el nombre de Dios, y esto tiene consecuencias muy importantes, pues denota una clara posición teológica de los cristianos respecto a la naturaleza y papel de Jesús.

Ahora bien, casi todos los estudiosos están convencidos de que un sistema así tan complejo no podía nacer de la decisión personal de un escriba. El mismo Roberts, a quien ya hemos citado, decía: "El sistema era demasiado complejo para que se considerase adoptado por un único escriba sin reglas y sin un ejemplo autorizado"²⁰. El mismo propone que directivas semejantes debían venir de las iglesias principales, Antioquía y Jerusalén, especialmente esta última por ser la iglesia madre.

Los cristianos abandonaron en masa Jerusalén en el 66 d.C. -según el testimonio de Eusebio de Cesarea-, o sea antes de su destrucción. Esto coloca el año 66 como fecha límite para cualquier directiva procedente de Jerusalén (cf. p.151).

Todos estos son apenas elementos que permiten comenzar a conjeturar una datación del siglo I d.C. Hay muchos más: Por ejemplo, si comparamos la escritura del papiro Magdalen (códice) con otros códices del siglo I sin lugar a dudas, como son aquellos códices griegos del Antiguo Testamento encontrados en Qumrán, encontraremos grandes similitudes en la escritura de muchas letras, como la *alfa*, *beta*, *gamma*, *epsilon* y *omicrón*.

Hay otro fenómeno más llamativo. En algunos de los manuscritos de cuero de Qumrán, las letras se tocan o casi, las unas con las otras. Aunque aquí se da de modo mucho más abundante, el mismo fenómeno es observado en los fragmentos del papiro Magdalen entre algunas letras, fenómeno que desaparece totalmente en los manuscritos de los siglos II y III d.C. Es digno de notar otra semejanza. Si bien el tipo de escritura del papiro Magdalen (y lo mismo de los papiros de Barcelona) es caracterizado como uncial (mayúscula) bíblica, esta es notablemente diversa de la uncial tradicional de los papiros de los siglos II al IV d.C. Las letras sobre el Magdalen son de tipo regular, igual espesor para los trazos horizontales y verticales. El rótulo de cuero de Qumrán de la gruta 4 condivide este tipo de escritura, que en sí es anterior a la propiamente llamada uncial bíblica. Si nos limitamos al campo de los manuscritos del Mar Muerto, gruta 7, donde han sido encontrados dieciocho fragmentos de papiros griegos, y una impronta al revés -sobre el suelo endurecido- de un papiro griego, también hay semejanzas de estilo notables con el Magdalen, especialmente en los fragmentos 7Q6 y en menor medida 7Q1 y 7Q2²¹. Recordamos nuevamente que el límite de tiempo máximo para material proveniente de Qumrán es el año 70 d.C. (probablemente 68 d.C.), pues con posterioridad a dicha fecha la comunidad se dispersó y nunca volvió a habitar dichas cuevas. Pero esta gruta no es la única, también es conocido el caso de Nahal Hever, al sur de Qumrán, donde se encontró un rótulo con el texto griego de los Doce Profetas Menores, y lo mismo los nueve fragmentos del mismo rótulo encontrados años más tarde en la llamada "gruta de los horrores". Dos escribas distintos escribieron este rótulo; el A se asemeja muchísimo al papiro Magdalen en el aspecto general y en la forma de las letras, y el B se le asemeja en parte. Además, usan las formas características del *Zierstil* (estilo decorado) o del *Hakchenstil* (estilo uncial), trazos ornamentales en forma de pequeños puntos y ganchos o alargamientos, todos muy populares entre los siglos I a.C. y I d.C. Estas características también se encuentran en menor medida en el Magdalen. El escriba B usa el estilo llamado *Herculaneum*, pues sus primeros ejemplos fueron encontrados en manuscritos hallados en las excavaciones de Herculano (Italia), textos que deben ser anteriores al 79 d.C., año de la destrucción de Herculano y Pompeya. Además, el rótulo de Nahal Hever ha sido datado como de mitad del siglo I d.C.²². Todos estos textos griegos, en su mayoría de la mitad del siglo I d.C. son más cercanos a los fragmentos del evangelio según Mateo del papiro Magdalen de lo que lo son los papiros de los siglos II y III d.C. Esta es una razón ya suficiente para sugerir que los fragmentos de Mateo son del siglo I d.C., alrededor del año 70, o quizás anteriores (cf. p. 155). El material comparativo sugiere una fecha alrededor del año 66 d.C., con una neta tendencia a una datación anterior. En contra no encontramos ningún material de comparación igualmente decisivo que se remonte a un período posterior. Los fragmentos de Oxford (Magdalen) y de Barcelona pertenecen a un tipo particular de escritura uncial que floreció hacia la mitad del siglo I d.C. Esto deja problemas abiertos y además, habría mucho más que especificar y detallar (y el libro ciertamente que lo hace), pero lo dicho hasta ahora nos baste como pruebas de la datación.

V. CONCLUSIÓN

¿Por qué una redatación del papiro Magdalen es importante? Como es obvio, un material más antiguo por naturaleza es en principio más atendible, en cuanto narra hechos acaecidos históricamente, que un material elaborado con posterioridad. El diario escrito el día en que un hecho ocurre, normalmente es un testimonio más atendible que una historia escrita cuarenta años después. Esto no quiere decir que haya que tratar este diario acriticamente y superficialmente, pero al menos debe ser considerado como un documento escrito "en caliente" y no a distancia del hecho. Efectivamente, si el así llamado "túnel" que separa la vida de Jesús de lo narrado por los evangelistas haya sido de una duración de unos pocos años y no decenios -como se sostiene modernamente- no podremos entonces fácilmente *presumir* que sus recuerdos fueron distorsionados o inventados (cf. p. 207). Esto no quiere decir que los evangelios deban ser "biografías" en el sentido en que hoy entendemos el término; afirmarlos sería un gigantesco anacronismo. La nueva datación del evangelio de Mateo no excluye que su naturaleza deba reflejar -como refleja- las necesidades litúrgicas y prácticas de una primitiva comunidad "mateana", pero al menos refuerza la idea que "los Evangelios no son especulaciones doctrinales, sino testimonios de hechos"²³.

No debemos menospreciar el valor biográfico de los Evangelios, del cual ellos mismos dan testimonio (cf. Lucas 1,2). ¿Por qué no debían tener este valor, el de narrar hechos reales que después debían ser referidos a los oyentes en alta voz? Si el evangelio de Mateo fue compuesto antes de la destrucción del templo en el año 70 d.C., quiere decir que fue escrito por alguien (o algunos) que consideraban los hechos allí descritos como realmente históricos. Algunos de ellos habrían tenido incluso experiencia directa de Jesús, otros habrían conocido aquellos que afirmaban haber visto los milagros, la resurrección de los muertos y al mismo Cristo resucitado. Por otra parte, los mismos evangelios parecen dar por descontado esto. Por ejemplo, Mc.1 supone que el lector conoce quién es Juan el Bautista a quién introduce sin presentar, y Marcos 15 hace lo mismo respecto de Pilatos. El hecho que obedezcan a determinado estilo literario de redacción no transforma a los evangelios en fuentes históricas inatendibles.

Vivimos en una época corrompida por la duda, donde se buscan desesperadamente certezas. El Nuevo Testamento queda en Occidente como texto fundamental para buscar respuestas a estos interrogantes fundamentales del hombre moderno y de la naturaleza humana. La redatación del papiro Magdalen confirma como prueba extrínseca el valor histórico atendible y auténtico del Nuevo Testamento. Por ello, va más allá de los confines de lo académico. Le habla al hombre común, a aquel que no se había jamás preocupado por discusiones acerca del Jesús histórico o del desarrollo textual de los Evangelios. Éste - y otros hallazgos conexos, incluidos los de crítica interna a la luz de esta nueva datación- son apenas los primeros pasos de un largo proceso que llevará reexaminar diversas hipótesis científicas hasta ahora aceptadas sin discusión.

Dos mil años después del nacimiento de Cristo, los libros que narran su vida son estudiados aun una vez más por científicos además de sacerdotes, teólogos o estudiosos de Biblia. Ningún científico está en condiciones de afirmar que los evangelios son verdaderos, pero pueden juzgar su *autenticidad*. En el caso que trata este libro, la ciencia empírica puede demostrar ser *ancilla fidei* (servidora o esclava de la fe) en vez de su archienemiga (cf. p. 214). Nos auguramos de ello, y hacemos votos para que lo entiendan, especialmente los hombres que se dedican a estudiar el texto sagrado.

Lic. Carlos D. Pereira, I.V.E.